

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VII Jornadas de Jóvenes Investigadores

6, 7 y 8 de noviembre de 2013

Lucila Svampa

IIGG – FSOC – UBA / CONICET

lucilasvampa@hotmail.com

Eje 13 “Genocidio. Memoria. Derechos Humanos”

“Consideraciones en torno a los usos públicos de la memoria y el olvido”.

I. Introducción

Los debates en torno a la reconstrucción del pasado tienen plena vigencia en las sociedades contemporáneas. La conjugación entre memoria y olvido, el problema de la verdad en la historia, la responsabilidad y la culpa, el valor de las narrativas y el de las representaciones estéticas, el testimonio como memoria declarada, y posibles usos y abusos de políticas memoriales, forman parte de algunas de las discusiones más relevantes que son revitalizadas hoy tanto en espacios académicos como en la agenda pública. En cuanto a los análisis más difundidos en el mundo europeo, estos problemas tuvieron un fuerte impulso a partir de la rememoración de experiencias traumáticas recientes, dentro de las cuales el Holocausto retransformó los modos de elaboración hasta entonces conocidos; en nuestra latitud, en cambio, fueron los modos de abordaje de las experiencias de terrorismo de Estado en los años setentas los que motorizaron dichos estudios.

Esos dos casos son fueron analizados en 2004 por el célebre pensador Andreas Huyssen en una conferencia que dio en Brasil sobre los usos y abusos del olvido. En el desarrollo de su presentación, Huyssen declara que lejos de plantear una oposición entre memoria y olvido, busca analizar los matices que protagonizan las experiencias memoriales. Para ello, plantea dos ejemplos recién mencionados, a saber, el de Argentina y la memoria de la condición política de las víctimas del terrorismo de Estado del último gobierno militar, y el de Alemania y los bombardeos de sus ciudades durante la II Guerra Mundial. Para ello apela a obras emblemáticas para analizar el impacto de esos casos: la investigación de la Comisión

Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP) publicada en el *Nunca más* en relación a la Argentina, y el famoso texto de Sebald, *Luftkrieg und Literatur* y el de Friedrich *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*.

El objetivo del presente escrito será recuperar los aspectos teóricos concernientes a la memoria y el olvido que aparecen en dicha intervención, e indagar sobre algunas de las aristas que su vínculo plantea: ¿Implica un gesto éticamente bueno la memoria y uno éticamente malo el olvido? ¿Es necesariamente el olvido un factor que habilita la memoria? ¿Cómo juzgar quién y en qué medida recuerdan como un resultado de una política memorial? Y finalmente ¿Son pertinentes las duplas de contradicción o complementariedad para analizar estos casos? Se recuperarán en base a tales interrogantes, tratamientos teóricos que iluminan sendos aspectos: son cruciales en este sentido los trabajos de Ricoeur, Todorov y Nietzsche.

II. Memoria y olvido ¿una dupla antinómica?

Las discusiones en torno a la historia y la búsqueda de un posible sentido en ella se alteraron sin duda en un contexto de crisis de sentido que afectó al pensamiento político contemporáneo. Gracias a ese reposicionamiento de las preguntas que se formulan en torno a los problemas que la temporalidad entraña y a la luz de las experiencias traumáticas que encarnaron los totalitarismos de la segunda mitad del siglo XX, se produjo una mutación en las gramáticas de la historia. Se trata del *memory boom*, que estalló en los años ochenta y se instaló aún con más fuerza en los noventa, y que supo poner en el centro de la escena la importancia del recuerdo en múltiples aspectos: lugares de memoria (Nora, 1984), los marcos de la memoria (Halbwachs, 2004), trabajos de la memoria (Jelin, 2002) y el deber de la memoria (Reyes Mate, 2008), que derivan, según algunos autores en una suerte de religión civil (Novick, 1999). El olvido, por otro lado, ha sido desterrado del ámbito de la moral en los estudios que reivindican la memoria en las teorías de la historia. Si la memoria aparece asociada a un deber moral, a una búsqueda por la reelaboración de acontecimientos traumáticos que contribuirían a hacer frente a un pasado, el olvido se liga entonces al silencio y a la impunidad. Muchos de esos estudios se nutren del psicoanálisis, donde abundan teorías que abonan una perspectiva en la que el olvido implica una barrera para el acceso a situaciones traumáticas, que ocasionalmente puede producir síntomas o sustituciones como repetición de lo reprimido.

En pocas palabras, el olvido, dice Huyssen, tiene “mala prensa”. Hay sin embargo algunos trabajos que se centran en su importancia. Tal vez uno de los más difundidos sea el de Nietzsche [1874] (2003), quien –en una pelea con el historicismo de su época– plantea las bondades que éste tiene para la vida. La historia en su forma *monumental*, *anticuaria* o *crítica*, no hacen más que embalsamar el pasado, por eso, apela a un elemento ahistórico y suprahistórico de la cultura. Lo anterior provoca que la memoria se reduzca a un depósito de elementos disponible que justifique el orden actual, a “una colección de efectos en sí” desconectados de sus causas. En este sentido, el olvido, estando dotado de una fuerza plástica, plantea un horizonte de vitalidad. Difícil es omitir aquí la figura borgeana de *Funes, el memorioso*, quien a causa de una ilimitada capacidad de recordar, encontraba dificultades para pensar y actuar, en cuyo relato el olvido aparece como aquello que haría *vivable* la vida. En el plano contemporáneo, es Todorov (2000) quien presenta un trabajo que alerta sobre los excesos de la memoria y analiza las potencialidades del olvido en relación con el pasado reciente. Denunciando una posible solidaridad entre democracia y totalitarismo, el pensador búlgaro considera el régimen nazi y el soviético. Allí sostiene que dado que conservar la totalidad de los recuerdos es fácticamente imposible tanto en el plano individual como en el colectivo, ciertas dosis de olvido son necesarias. Pero advierte sobre posibles *utilizaciones* del pasado, y reclama su buen uso.

Este problemático vínculo entre olvido y memoria se sitúa en el centro del trabajo antes mencionado de Husseyn. Allí se enuncia desde un inicio la necesidad de alejarse de una perspectiva binaria que resuelva la cuestión con una fórmula que logre sortear el lugar común que sostiene que un elemento contiene al otro. En este contexto, recupera tanto a Nietzsche como a Todorov, pero se concentra principalmente en el aporte de Ricoeur (2000). Citando a Weinrich, éste dedica un espacio específico de su obra a la memoria y la reminiscencia –considerando su lazo con la imaginación, sus usos y abusos y su forma individual y colectiva–; un segundo apartado es ocupado por la historia desde el punto de vista epistemológico –donde trabaja con la cuestión documental de archivos, con la célebre oposición entre explicación y comprensión, y con el problema de la narrativa histórica–; en una tercera parte trata la condición histórica –donde recupera la filosofía crítica de la historia y la cuestión de la temporalidad, y donde aparece una categorización del olvido–; y finalmente expone consideraciones en torno al perdón. En el tercer apartado hay entonces una definición del olvido como aquello contra lo que lo que lucha por la memoria, dedicada a la fidelidad con el pasado, y que por lo tanto requiere una formulación entre ambas que arribe a

una *justa medida*. Ricoeur sugiere una distinción entre: a) un olvido que impulsa una memoria impedida, b) un olvido que se une a una memoria manipulada que no desea saber (*vouloire-ne-pas-savoir*) por el inevitable carácter selectivo de la mediación de una narrativa, y c) el caso del olvido deliberado en la amnistía. A partir de esta diferenciación es que Huysen propone analizar el olvido público en los dos casos previamente mencionados. Allí los mismos marcos institucionales implican que deba ser pagado un “precio”, deducible de la instrumentalización de la memoria y el olvido en la esfera pública. Toda memoria no puede sino funcionar con un olvido, característica de la segunda definición de Ricoeur mencionada, que además lo define como una intervención semi- activa y semi- pasiva, en tanto entraña una suerte de mala fe en el acto de no querer informarse.

III. La rememoración del terrorismo de Estado y el Holocausto vs. la de la lucha armada y los bombardeos en Alemania

¿Cómo se podría pensar el esquema precedente en el caso argentino? De acuerdo a este pensador, el olvido de los crímenes que la guerrilla cometió es el costo que se tuvo que pagar para sostener un consenso nacional memorial forjado a partir de la figura de un desaparecido, definido como una víctima inocente. Pero a diferencia del *oubli manipulé*, Huysen dice que aquí hay un beneficio de una voluntad de saber en un ámbito democrático, y que también en el caso del *oubli commandé*, pueden resultar consecuencias no mentadas para sus propiciadores y que sean incluso positivas. Describiendo nuestra situación local y en vistas a comprobar tal hipótesis de trabajo, Huysen comenta cómo se produjeron en Argentina luchas por recordar el doloroso destino de las víctimas del terrorismo de Estado. Brevemente: el proceso que buscaba establecer responsabilidades en las filas de la armada tuvo un camino sinuoso que atravesó juicios y condenas, posteriores amnistías y finalmente, la anulación de ese perdón. Aquí el olvido terminaría favoreciendo la consolidación de la fuerza moral de los activistas de derechos humanos que impulsaban el castigo a los militares involucrados. En este contexto, la investigación a cargo de la CONADEP supo aportar información crucial sobre los crímenes de lesa humanidad cometidos, y acompañó los juicios llevados a cabo durante el gobierno de Alfonsín. Este discurso, a pesar de condenar la violencia armada, recuerda víctimas inocentes y así “sacrifica la precisión histórica” en tanto olvida la dimensión política de las víctimas. Alega Huysen la necesidad de tal vuelco para, por un lado

combatir el argumento que justificaba el golpe para combatir la guerrilla y además separar con extrema claridad a culpables e inocentes¹. Y sigue Huysen:

“Obviamente, Argentina ha alcanzado una nueva fase de discusión en que un olvido público pasado es substituido por una nueva configuración de la memoria y el olvido. Esta nueva postura debe permitir un tributo histórico más correcto sobre el período que condujo los militares a la dictadura. Los avances en las políticas de derechos humanos, encarnados en la figura de los *desaparecidos* y en la condenación moral del régimen militar, son suficientemente fuertes para resistir a la tentación de una falsa memoria de izquierda heroica que, de cualquier forma, me parece más síntoma de un movimiento de desespero que una versión históricamente sustentable. (Huysen, 2004: 7-8)

Esta clara división entre culpables e inocentes, en la que los militares ocuparían un lugar y las víctimas el otro, es trasladada rápidamente por algunos trabajos a un posicionamiento sobre el mal y el bien², en una dirección y en otra, es decir: intercambiando su disposición de acuerdo a la postura que se abone. No es difícil notar que este tipo de perspectivas parte de la fijación lugares obturados cuyas consideraciones convierten sendos grupos en objetos y no sujetos. Es decir, que se deja a un lado dimensiones de las condiciones históricas, sociales y políticas que contribuyeron, incidieron y acompañaron la activación de un tipo de subjetividad militante³ (Palti, 2009). Un acercamiento de este tipo a la cuestión, se encuentra en una línea muy cercana a la que Habermas (2000) celebra en su célebre artículo publicado en *Die Zeit*. Allí Habermas declara que Goldhagen logra hacer un “correcto uso público de la historia” en su *Hitler’s Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, libro en el que refiere a tradiciones y modos de pensar de aquél contexto.

¹ Huysen reconoce sin embargo un giro en este aspecto. Asume que muchos se propusieron recuperar esa dimensión política olvidada: unos, recordando los ideales que sostenían, y los otros, imputándolos al mismo tiempo de crímenes. Hay numerosas producciones teóricas que siguen esa línea de estudios; véase por caso el trabajo de Hilb (2013) y Vezzetti (2009).

² Dicha fórmula fue enormemente problematizada a partir de una entrevista a Héctor Jouvé, donde formuló una autocrítica a la guerrilla. Una carta de Oscar del Barco en que reacciona a dichas declaraciones y las sucesivas respuestas de numerosos intelectuales a ella, comprenden un enorme debate sobre la culpa, la responsabilidad y la memoria.

³ Con este tipo de reflexión no se pretende comulgar con una perspectiva holística que excluye de las responsabilidades a los sujetos, y las traslada a la historia ni a un *Zeitgeist*, sino más bien, considerar zonas que sitúen circunstancias en las que se forjaron ciertos modos de pensar la acción política.

De acuerdo a esta perspectiva, el costo para el triunfo de los derechos humanos fue un olvido público, fórmula que también puede trasladarse a Alemania de la posguerra, en cuyo caso el precio representaba el olvido de los bombardeos en detrimento de una memoria de los crímenes nazis. Allí el tratamiento historiográfico mantuvo una tensión entre dos posibles interpretaciones: o bien se tildaba a tales aberraciones como parte integral de la historia, o como un crimen de la historia alemana⁴. Aun así el triunfo de la victoria de la memoria del Holocausto se sostenía bajo el lema “*mal* olvido vs. *buena* memoria”, pero que paradójicamente, necesitaba nutrirse de un olvido. Los ataques a los principales centros urbanos germanos perpetrados por Estados Unidos e Inglaterra, no aparecieron en el debate público sino décadas más tarde. Es justamente cuando en 1999 se publica *Luftkrieg und Literatur*, y cuando en 2002 *Der Brand* se convierte en un bestseller, que se produce una reapertura en las discusiones en el seno de la cultura tudesca.

El primero de los libros se basa en una serie de conferencias que relatan la magnitud destrucción de ciudades enteras. Sebald denuncia que la literatura no supo hacerle justicia a las imágenes imborrables de las escalofriantes cifras que describen cerca de 600 mil víctimas, más de 1 millón de bombas arrojadas sobre 131 ciudades, la destrucción de 3 millones y medio de casas, y 7 millones y medio de personas que quedaron sin vivienda. Los paisajes del horror de la Alemania en llamas no fueron sino silenciados por las producciones escritas, teniendo esto un fuerte impacto sobre la conciencia colectiva, que afirma, fue psíquicamente reprimida. Las representaciones estéticas son pues culpables del silenciamiento del sufrimiento de millones de alemanes. Más allá de los argumentos de Sebald, lo que interesa a Huyssen es el impacto público que el libro tuvo tras su publicación: éste fue acusado por diversos medios de pretender exculpar a los alemanes verdugos, poniéndolos en papel de víctimas. No fue esto una novedad, puesto que ya antes de la impresión del texto, dichos temas se asociaban a un discurso de derecha que cargaba la relativización de la culpabilidad de quienes estuvieron vinculados con el nazismo recordando lo sucedido en Dresde. De otro lado, la izquierda solo rememoraba Auschwitz en vistas a consolidar un acuerdo sobre el pasado alemán.

Pero el debate se radicalizó aún más con la publicación de Friedrich en 2002, que si bien no presentaba el resultado de una investigación que hubiera arrojado nuevo datos empíricos, se destacó por su fuerza narrativa. Tuvo enormes repercusiones en los medios de

⁴ Para una problematización sobre dicho modelo de historización, véase el debate entre Broszat y Friedländer detallado en el trabajo de Traverso (2012).

comunicación: documentales y entrevistas televisivas, publicaciones especiales en diarios y revistas, recuperaban la perspectiva sobre el sufrimiento de los alemanes y sobre los atroces ataques de los aliados. El libro logró llevar el debate también al plano internacional, tanto por la ira de los ingleses que buscaban defender la figura de Churchill (quien resultaba equiparado a los criminales nazis), como por la discusión que trasladó sobre los bombardeos en vísperas de la guerra en Irak.

Concluye Huyssen:

“Como en Argentina a partir de 1980, el olvido público en Alemania desde sus primeros tiempos estaba al servicio de una memoria política que era, en última instancia, capaz de forjar un nuevo consenso nacional, aceptando responsabilidades por los crímenes del régimen anterior. En ambos países, los recuerdos repudiados por razones políticas resurgieron. Resurgieron no solamente como un retorno de lo represado, sino como resultado de una nueva amalgama del recuerdo del pasado con un presente político” (Huyssen, 2004: 14-15)

Huyssen sostiene su tesis citando a Foucault, quien, según él, trabaja con la hipótesis de que de las producciones que la represión genera. Esto es: la prohibición de recordar determinado pasado, lejos de estar estrictamente ligado a una proscripción, deriva en un tipo de producción que se apoya en una determinada elaboración memorialista. Mas Huyssen advierte que todo discurso memorialista corre el riesgo de agotarse, imponiendo un desafío a la construcción del futuro, elemento que plantea la necesidad de estar atento a los desafíos que tal esfuerzo de reformulación impone.

IV. Reflexiones finales

Según se ha visto, Huyssen recupera en su conferencia las diversas acusaciones bajo las cuales se ponen al olvido en el banquillo de acusados. Allí se lo imputa a éste por propiciar un tipo de represión, que en general provoca la desaparición de una figura o un recuerdo relevante. Esta carencia que privaría al hombre de su pasado, borrando y callando su memoria se condice con una idea de memoria definida como una exhortación a no olvidar. En pocas palabras: se opone memoria a olvido. En principio, se ha visto que Huyssen rechaza esta perspectiva. Pero si la idea fuerza que busca sostener plantea que tanto en el caso argentino como en el alemán, las memorias se sostienen en un olvido ¿No estaría siendo tributario de

una teoría basada en un juego de suma cero que plantea que en todo equilibrio una ganancia solo puede sostenerse con una pérdida, y que en definitiva entraña el mismo problema del que Huysen pretende descartar? Tal vez haya que considerar el modo en que las “lecciones”, la interpretación y la selección de acontecimientos que formaron parte de dichas conmemoraciones sirvieron a la búsqueda de legitimidad, pero sin perder de vista el carácter ineludiblemente interpretativo del que derivan los enunciados en la historia. Su verdad no se definiría desde la adecuación al acontecimiento, sino a partir del perspectivismo, que señala que quien interpreta se sitúa indefectiblemente desde un punto de vista. De lo anterior se sigue que las representaciones del pasado estarían compuestas por enunciados cuyo valor no se definiría por su fidelidad respecto de los hechos; en cambio, pondrían en evidencia el triunfo de ciertas fuerzas en la disputa interpretativa por el sentido de las cosas. Esto permite dar cuenta de la variación de las interpretaciones de y a lo largo de la historia, así como la suposición de que el objeto de la historiografía no remite necesariamente al pasado, sino a su relación con el presente.

En segundo lugar, es posible que también sea oportuno problematizar la idea que equipara olvido a reconciliación en dos sentidos. Por un lado, si el olvido a los crímenes de lesa humanidad deja impunes a exrepresores y acalla las demandas de las organizaciones de derechos humanos ¿en qué medida implicaría una unión, un apaciguamiento del conflicto y no una toma de posición en favor de un determinado sector? Y por otro lado, e inversamente, si el olvido de los bombardeos y de la naturaleza armada del tipo de lucha que llevaban adelante las víctimas de la dictadura fuera necesaria para forjar la consolidación de un consenso memorial ¿Cómo es que surgen voces en el sentido opuesto? Después de todo, una voluntad de olvido exitosa sería imposible de corroborar. Además, para el caso argentino, tal vez habría que dimensionar cuál es el peso concreto de esa “dimensión política”⁵ de las víctimas que se pretende ocultar, es decir, poner en relación el número de víctimas y el de personas involucradas en la guerrilla.

Además, cuando Huysen habla de uso del pasado que se pretende instrumentar tanto en Alemania como en Argentina, tal vez sería pertinente pensar de qué modo está concibiendo las formas de abordar la historia. Al sostener que las políticas de memoria o de olvido se aplican con un fin, estableciendo costos y beneficios, parece dejar ver una vocación utilitarista en el abordaje del pasado que opera sobre ella por medio de cálculos racionales. Valdría la

⁵ Nótese que esta definición entraña un debate sobre el vínculo entre violencia y política. En nuestra latitud, tal vez uno de los trabajos más difundidos que se expresan sobre la cuestión, y que por cierto considera excluyentes ambos elementos, es el de Hilb (2013).

pena preguntarse si no se estaría abogando por aquello contra lo que Nietzsche protestaba, esto es, el hombre gregario que se pasea cual turista por diversas épocas y elige las máscara que mejor le calce. Se ha dicho ya que las representaciones del pasado involucran disputas en torno al modo, objeto y propósito de su reconstrucción. Cuando se trata de *pasados que no pasan* y de gran cercanía temporal, la definición de estos aspectos se complejiza cuando se reduce al pasado a una mera funcionalidad. ¿Es posible considerar posibles “usos” que no pretendan hacer de la historiografía a un medio para la consecución de un objetivo dado?

En cuarto lugar, cuando se evoca a Foucault para sostener que una teoría que reprime, también produce, tal vez habría que recordar más *in extenso* de qué se trata esa definición. En la primera clase de *Defender la sociedad* (2006), Foucault hace una introducción a su analítica el poder. Para ello recurre a distintas interpretaciones sobre el poder. Una de ellas es la que denomina *hipótesis de Reich*, que se caracteriza por definir al poder como aquello que reprime. Seguida a esa presentación, dispone otra teoría, que llama *hipótesis de Nietzsche*. Esta entiende al poder como despliegue de las relaciones de fuerza, en donde el análisis del combate sería de crucial importancia. Invirtiendo el esquema de Clausewitz, dice “la política es la continuación de la guerra por otros medios”. Como consecuencia tenemos entonces que las relaciones de poder tienen un anclaje en cierta relación de fuerza establecida en la guerra y la política la reinscribe perpetuamente en una guerra silenciosa. En este sentido, toda en esa paz civil, todas las modificaciones de las relaciones de fuerza deben interpretarse como secuelas de la guerra, en donde las armas son los jueces. Esta fórmula aporta sin dudas una grilla de inteligibilidad para pensar las interpretaciones de la historia como el resultado de una batalla en un campo de memorias en pugna.

En suma, el texto de Huyssen ilumina aspectos de suma importancia para pensar la dinámica política de registros temporales que se implican, conforman y distorsionan mutuamente en su propio despliegue. En este sentido, memoria y olvido invocan ambos tanto al presente como al futuro en una constante resignificación acorde a los valores en boga. Como consecuencia, el pasado *no pasa*, sino que adquiere una perdurabilidad indeterminada en el tiempo, que se configura a través de diversas evocaciones por las que el pensamiento político debe velar.

V. Bibliografía

- Foucault, M. (2006) *Defender la sociedad*. Buenos Aires: FCE.
- Habermas, J. (2000) Usos políticos del pasado en *Constelaciones posnacionales*. Barcelona : Paidós.
- Halbwachs, M. (2004) *Los marcos sociales de memoria*. Caracas: Anthropos Editorial.
- Hilb, C. (2013) *Usos del pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Huysen, A. (2004) Resistencia a la Memoria: los usos y abusos del olvido público. Porto Alegre
- Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Nietzsche, F. [1874] (2003) *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*. Madrid: Biblioteca nueva
- Katz, A. (08 de noviembre de 2012) Políticas de la memoria que más bien buscan el olvido. *La Nación*. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1524456-politicas-de-la-memoria-que-mas-bien-buscan-el-olvido>
- Nora, P. (1984) *Les lieux de mémoire*. Paris: Gallimard.
- Novick, P. (1999) *The Holocaust in American Life*. New York: Houghton Mifflin.
- Palti, J. E. (2009) *Crítica de la razón militante. Una reflexión sobre los debates actuales en torno a la violencia* en Mudrovic, M. I. (ed.) Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria. Prometeo: Buenos Aires.
- Reyes Mate, M. (2008) *La herencia del olvido*, Madrid: Errata Naturae.
- Ricoeur, P. (2000) *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris: Editions du Seuil
- Traverso, E. (2011) El pasado, instrucciones de uso. Buenos Aires: Prometeo.
- Traverso, E. (2012) La historia como campo de batalla. Buenos Aires: Prometeo.
- Todorov, T. (2000) *Los abusos de la memoria*, Paidós, Barcelona.
- Vezzetti, H. (2009) *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.